

Erwin Valdiviezo

CINCUENTA Y TREINTA

Cincuenta y treinta

© Erwin Valdiviezo • GYE-014022

Esta obra ha sido publicada gracias a la línea de apoyo entre la Sede Nacional de la Casa de la Cultura Benjamín Carrión y los 24 Núcleos Provinciales.

Fidel Intriago
DIRECTOR PROVINCIAL
CCE NÚCLEO MANABÍ

Fernando Cerón
PRESIDENTE
CCE SEDE NACIONAL

David Larriva
DIRECTOR
PUBLICACIONES Y EDITORIAL CCE

EDICIÓN

Cristina Morales

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

Diana Vázquez

Juan José Loja

DISEÑO DE PORTADA

Juan José Loja

Diana Vázquez

Primera edición

ISBN: 978-9942-34-102-0

IMPRESIÓN

Dirección de Publicaciones y Editorial de la CCE



Calles Sucre y García Moreno, Portoviejo
nucleo.manabi@casadelacultura.gob.ec
Telf.: 05 265 2469



Casa de la Cultura Benjamín Carrión
Avs. Seis de Diciembre N16-224 y Patria
www.casadelacultura.gob.ec

Quito-Ecuador

Erwin Valdiviezo

CINCUENTA Y TREINTA

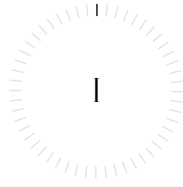
Nací en Calderón de Portoviejo y en esa hermosa tierra viví hasta los seis años de edad, luego me llevaron a Pichincha donde estuve hasta los nueve y de allí a Portoviejo donde, al arribar a los cincuenta de vida, ya cumplía treinta en periodismo (esto debió publicarse hace diez años) y luego llegó lo otro...

A IRENE Y GONZALO (†)
Ellos me hicieron tal como soy.

Después llegaron
Lida, Erwincito, Chichi y la Gordis,
que fueron el amor, la razón, el impulso y la ternura.
A Cristian (†) y, cómo no, a los nietos.

Y TAMBIÉN A MIS HERMANOS Y FAMILIA
Que siempre están allí, y el Pato,
que se fue para abrirnos camino.

Y PARA ESOS AMIGOS
(los de las buenas y las malas)
A ellos, estas líneas, en la seguridad de que, pese a no
ser exquisitas, serán su orgullo y mi mejor homenaje.



Los sueños y el inicio

Nunca podré olvidar que desde las andanzas estudiantiles, a mediados de los setenta, ya me llamaban poderosamente la atención los libros de comunicación que hallaba a mi alcance y los programas de opinión que eventualmente aparecían en las escasas señales de la televisión en blanco y negro, que podíamos apreciar en casa de algún vecino que nos permitía acceder a esa mágica caja de imágenes y sonido.

Fue justamente esa época colegial nocturna la que me permitió probar si efectivamente tenía madera para incursionar en hablar ante la gente y para la gente. Nunca dudé en pararme ante autoridades y compañeros para promocionar cualquier propuesta o plantear algún reclamo. Recuerdo que muchos de mis añorados y esforzados compañeros mayores —en esos tiempos, el estudio nocturno era reservado para mayores de edad y trabajadores— me mandaban a callar y hasta se fastidiaban con mi palabrería, que no era más —ahora lo entiendo— que la naciente vocación de un adolescente que buscaba probar que llegaría a ser comunicador.

En esos tiempos, el sueño de estar frente a un micrófono o una cámara no era más que eso pues las radioemisoras eran contadas con los dedos de una mano. El camino era difícil y más todavía porque los locutores de nuestras estaciones eran ídolos y estrellas que difícilmente tenían competencia y no iban a ceder espacio a ningún iluso aspirante a locutor, comentarista o presentador. De televisión local, ni hablar: en

Manabí no había ni una estación, después de que en Manta había emitido, varios años atrás, el canal pionero de la televisión nacional.

Por tanto, en esa época tuve que seguir en el estudio colegial nocturno. Sí, allí, porque aunque no era mayor de edad tenía que trabajar. Y mi madre, con alguna argucia, logró la aceptación en un plantel donde cierto pariente hizo la excepción. Así me vi obligado a pisar los ochenta empeñándome en terminar los estudios secundarios en nueve años (es que perdí dos porque, recién llegado de la parroquia Pichincha en aquel entonces del cantón Bolívar, no me acostumbraba a la ciudad). Además, tenía dos años de adelanto en los procesos estudiantiles con dieciocho de vida, lo cual suponía una mayoría de edad y tenía que concretar la posibilidad de orientar mejor mis derroteros y aspiraciones.

Sin embargo, una cosa es la que se piensa y otra es la que marca el destino. Entre libro y libro —nunca perdí la mala costumbre de leer todo lo que estaba a la mano— y sin posibilidad de probar que tenía madera para hacer periodismo, tuve que conformarme con oficios que incluyeron desde mi añorada faceta de betunero, pasando por las de vendedor de pastelillos, limpiador de consultorios, muchacho de mandados y limpiador de patios. Sin dejar de mencionar que comencé a ascender cuando fui trabajador de metalurgia, oficial de albañilería, administrador de asaderos de pollos, ayudante de un oficinista bancario. Y luego, con orgullo y obligación (porque no quedaba de otra), cumplir con el servicio militar en donde me reclutaron como ayudante de oficinas, que fue cuando realmente «serví a la Patria».

Con diecinueve años, sin haber perdido la ilusión de llegar a los medios de comunicación y terminado el servicio militar obligatorio en un remoto lugar de nuestra serranía, ya de vuelta en Portoviejo, entre 1980 y 1981, resultaba difícil encontrar un buen trabajo para un joven de estrato bajo, que hasta ese momento no acreditaba experiencia alguna en labores calificadas y debía aportar a una economía familiar dependiente exclusivamente de lo que produjeran sus integrantes.

Recuerdo que, por esos años, una fábrica de refrescos en la localidad necesitaba lo que en ahora llaman impulsores de ventas, que no es otra cosa que gente con lengua que colocara más productos en tiendas y salones

de la provincia. Formé parte de un equipo para esos efectos, pero fue por poco tiempo, lo que nuevamente me puso en la vereda de los desocupados. Entonces, dedicando el tiempo libre del día a mi pasión, el fútbol, concedía a la noche el mejor empeño para los incipientes estudios de administración. Lo hacía para no perder el tiempo, porque ese aprendizaje no me llenaba, no era mi vocación, pero sí lo que estaba a la mano y a bajísimo costo. Había que aprovecharlo.

Dicen nuestros viejos que lo que te marca el destino es tuyo y de nadie más. Por ello, nunca olvidaré 1981, porque fue en uno de sus primeros meses en que Dios o quien fuere puso frente a mí a César Maquilón (†), gran radiodifusor guayaquileño de inigualable éxito en las estaciones donde laboró, también en las de Manabí, donde llegó con su grave voz y amplia formación en programación radial e intelectual. Eso lo identificó con la radioaudiencia manabita por más de cuatro décadas (César tendría sus defectos, pero por lo anotado fue que siempre lo valoré). Fue él quien un día en que visitaba a un pariente suyo casado con una de mis hermanas, sin más ni más y al saber que estaba desocupado, me dijo que había trabajo en la radio que dirigía, Stereo 90 FM, la segunda emisora en frecuencia modulada instalada en Manabí (después de Sono Onda, del difunto don Ramón Solórzano). Ese debe haber sido uno de los más felices días de los vividos hasta esa época de mi juventud, porque finalmente tenía frente a mí la puerta que se abriría para dejarme desarrollar mi mayor pasión y aspiración: hacer comunicación social.